



Entre Alambres

Al publicar este muestrario poético de Antonio AZNAR, no es con el fin de complacer y agradar al amigo, con el que compartimos durante cinco años los sufrimientos y la dura prueba de la deportación en el campo de GUSEN, sino para dar a conocer su musa poética, fina e inteligente — que sabe llorar sentimiento y ser firme y rebelde —, cuando al poeta, entre negligencias, le da por coger la lira y cantarnos finógas. Con ella supe elevarse por encima de tanta miseria y dolor, sin que sus cuerdas estallaran por el espanto ante la inmensidad del Crimen perpetrado. Y cantó : Allí están « La Cita », « Hojita de Calendario », « Brindis de Nochebuena en el Destierro », « Luna » que hoy damos a conocer, sus hermosos Sonetos y « La Novia Fea » como llamaba a la muerte. Allí están esperando que les de otras hermanas que nosotros querremos conocer.

LUNA

La Luna va contemplando
paisajes de astronomía,
En su paseo de ronda
pasa anchurosa y altiva...

¡ Anda, Luna ! ; Pasa Luna,
por tus veredas de arriba,
encantada en tus nocturnos
paisajes de astronomía,
que la noche de mis noches
ya no tiene poesía !...

¡ No te asomes ! ; No te asomes,
que puedes quedar prendida
entre espinos de este alambre
guardián de las agonías !
¡ No mires, que este paisaje
no te ofrece prespectivas !
¡ Ni respire ! ; ¡ Ni respire,
que son malsanas las brisas !

Busca otro cielo que azule
la infantil algarabía
en Intimas plazoletas,
que allí te sueñan y ansian
como divino pandero
para bellas danzarinas...

¡ Que el humo del CREMATORIO
te empolva con mis cenizas !

Gusen, 1943.

ANTONIO AZNAR POMARES.

Llanto por Ignacio Sánchez Mejías

Federico García Lorca

*A mi querida amiga
Encarnación López Júlvez*

• [Anterior](#)

1

La cogida y la muerte

• [Siguiente](#)

A las cinco de la tarde.

Eran las cinco en punto de la tarde.

Un niño trajo la blanca sábana

a las cinco de la tarde.

Una espuerta de cal ya prevenida

a las cinco de la tarde.

Lo demás era muerte y sólo muerte

a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones

a las cinco de la tarde.

Y el óxido sembró cristal y níquel

a las cinco de la tarde.

Ya luchan la paloma y el leopardo

a las cinco de la tarde.

Y un muslo con un asta desolada

a las cinco de la tarde.

Comenzaron los sonos del bordón

a las cinco de la tarde.

Las campanas de arsénico y el humo

a las cinco de la tarde.

En las esquinas grupos de silencio

a las cinco de la tarde.

¡Y el toro solo corazón arriba!

a las cinco de la tarde.

Cuando el sudor de nieve fue llegando

a las cinco de la tarde,

cuando la plaza se cubrió de yodo

a las cinco de la tarde,

la muerte puso huevos en la herida

a las cinco de la tarde.

A las cinco de la tarde.

A las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama

a las cinco de la tarde.

Huesos y flautas suenan en su oído

a las cinco de la tarde.

El toro ya mugía por su frente

a las cinco de la tarde.

El cuarto se irisaba de agonía

a las cinco de la tarde.

A lo lejos ya viene la gangrena

a las cinco de la tarde.

Trompa de lirio por las verdes ingles

a las cinco de la tarde.

Las heridas quemaban como soles

a las cinco de la tarde,

y el gentío rompía las ventanas

a las cinco de la tarde.

A las cinco de la tarde.

¡Ay qué terribles cinco de la tarde!

¡Eran las cinco en todos los relojes!

¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

•

[Anterior](#)

2

La sangre derramada

- [Anterior](#)
- [Siguiendo](#)

¡Que no quiero verla!

Dile a la luna que venga,

que no quiero ver la sangre

de Ignacio sobre la arena.

¡Que no quiero verla!

La luna de par en par.

Caballo de nubes quietas,
y la plaza gris del sueño
con sauces en las barreras.

¡Que no quiero verla!

Que mi recuerdo se quema.

¡Avisad a los jazmines
con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!

La vaca del viejo mundo
pasaba su triste lengua
sobre un hocico de sangres
derramadas en la arena,
y los toros de Guisando,
casi muerte y casi piedra,
mugieron como dos siglos
hartos de pisar la tierra.

No.

¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestas.

Buscaba el amanecer,

y el amanecer no era.

Busca su perfil seguro,

y el sueño lo desorienta.

Buscaba su hermoso cuerpo

y encontró su sangre abierta.

¡No me digáis que la vea!

No quiero sentir el chorro

cada vez con menos fuerza;

ese chorro que ilumina

los tendidos y se vuelca

sobre la pana y el cuero

de muchedumbre sedienta.

¡Quién me grita que me asome!

¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos

cuando vio los cuernos cerca,

pero las madres terribles

levantaron la cabeza.

Y a través de las ganaderías,

hubo un aire de voces secretas

que gritaban a toros celestes,

mayorales de pálida niebla.

No hubo príncipe en Sevilla
que comparársele pueda,
ni espada como su espada
ni corazón tan de veras.

Como un río de leones
su maravillosa fuerza,
y como un torso de mármol
su dibujada prudencia.

Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo
de sal y de inteligencia.

¡Qué gran torero en la plaza!
¡Qué gran serrano en la sierra!
¡Qué blando con las espigas!
¡Qué duro con las espuelas!
¡Qué tierno con el rocío!
¡Qué deslumbrante en la feria!
¡Qué tremendo con las últimas
banderillas de tiniebla!

Pero ya duerme sin fin.

Ya los musgos y la hierba
abren con dedos seguros

la flor de su calavera.

Y su sangre ya viene cantando:

cantando por marismas y praderas,

resbalando por cuernos ateridos,

vacilando sin alma por la niebla,

tropezando con miles de pezuñas

como una larga, oscura, triste lengua,

para formar un charco de agonía

junto al Guadalquivir de las estrellas.

¡Oh blanco muro de España!

¡Oh negro toro de pena!

¡Oh sangre dura de Ignacio!

¡Oh ruiñeñor de sus venas!

No.

¡Que no quiero verla!

Que no hay cáliz que la contenga,

que no hay golondrinas que se la beban,

no hay escarcha de luz que la enfríe,

no hay canto ni diluvio de azucenas,

no hay cristal que la cubra de plata.

No.

¡¡Yo no quiero verla!!

3

Cuerpo presente

- [Anterior](#)
- [Siguiente](#)

La piedra es una frente donde los sueños gimen
sin tener agua curva ni cipreses helados.

La piedra es una espalda para llevar al tiempo
con árboles de lágrimas y cintas y planetas.

Yo he visto lluvias grises correr hacia las olas
levantando sus tiernos brazos acribillados,
para no ser cazadas por la piedra tendida
que desata sus miembros sin empapar la sangre.

Porque la piedra coge simientes y nublados,
esqueletos de alondras y lobos de penumbra;
pero no da sonidos, ni cristales, ni fuego,
sino plazas y plazas y otras plazas sin muros.

Ya está sobre la piedra Ignacio el bien nacido.
Ya se acabó; ¿qué pasa? Contemplad su figura:
la muerte le ha cubierto de pálidos azufres
y le ha puesto cabeza de oscuro minotauro.

Ya se acabó. La lluvia penetra por su boca.

El aire como loco deja su pecho hundido,
y el Amor, empapado con lágrimas de nieve,
se calienta en la cumbre de las ganaderías.

¿Qué dicen? Un silencio con hedores reposa.
Estamos con un cuerpo presente que se esfuma,
con una forma clara que tuvo ruiñes
y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.

¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que dice!
Aquí no canta nadie, ni llora en el rincón,
ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente:
aquí no quiero más que los ojos redondos
para ver ese cuerpo sin posible descanso.

Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura.
Los que doman caballos y dominan los ríos:
los hombres que les suena el esqueleto y cantan
con una boca llena de sol y pedernales.

Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra.
Delante de este cuerpo con las riendas quebradas.
Yo quiero que me enseñen dónde está la salida
para este capitán atado por la muerte.

Yo quiero que me enseñen un llanto como un río
que tenga dulces nieblas y profundas orillas,
para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda

sin escuchar el doble resuello de los toros.

Que se pierda en la plaza redonda de la luna
que finge cuando niña doliente res inmóvil;
que se pierda en la noche sin canto de los peces
y en la maleza blanca del humo congelado.

No quiero que le tapen la cara con pañuelos
para que se acostumbre con la muerte que lleva.
Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido.
Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!

• [Anterior](#)

4

Alma ausente

• [Anterior](#)

No te conoce el toro ni la higuera,
ni caballos ni hormigas de tu casa.
No te conoce el niño ni la tarde
porque te has muerto para siempre.

No te conoce el lomo de la piedra,
ni el raso negro donde te destrozas.
No te conoce tu recuerdo mudo
porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas,
uva de niebla y montes agrupados,
pero nadie querrá mirar tus ojos
porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,
como todos los muertos de la Tierra,
como todos los muertos que se olvidan
en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.
La madurez insigne de tu conocimiento.
Tu apetencia de muerte y el gusto de su boca.
La tristeza que tuvo tu valiente alegría.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.

Llanto por Ignacio Sanchez Mejias

C'est à l'automne 1934, moins de deux ans avant sa propre mort, que Federico Garcia Lorca écrit le *Llanto por Ignacio Sánchez Mejias*, à la mémoire du célèbre matador, son ami, qui venait de mourir des suites d'une grave blessure.

Maurice Ohana rencontre une première fois ce poème en 1936, par l'intermédiaire de la danseuse Argentinita, ancienne compagne du matador, qu'il accompagnait à l'époque au piano lors de ses tournées. Sans véritablement le comprendre, sa beauté l'impressionne. Il le retrouve en 1943, alors qu'il faisait campagne au Kenya, à travers la personne du poète sud-africain Roy Campbell, qui lui dédiera en 1946 sa traduction anglaise du poème. Rencontres qu'il comprend *a posteriori* comme des "signes". Car lorsque Jean Etienne Marie lui demande, en 1950, une oeuvre "très espagnole" pour le Centre Culturel du Conservatoire, le *Llanto* se présente spontanément à lui, s'offrant avec une évidence absolue. Ce texte réalise dans l'ordre poétique ce qu'il cherche lui-même à réaliser dans l'ordre musical. Sa force et sa grandeur s'expriment dans une langue simple et familière, nourrie d'images concrètes. Il y reconnaît l'Espagne qu'il aime, – une Espagne peut-être plus rêvée que réelle –, terre des contraires associés, des contrastes réconciliés : l'opulence colorée de l'Andalousie et l'austérité noire et blanche de la Castille ; la ferveur mystique du catholicisme et la sensualité païenne de l'antiquité ; le goût intense de la vie et la fascination de la mort...

Mais comment « mettre en musique » un texte d'une telle beauté, qui se suffit si bien à lui-même ?

Avec l'audace quelque peu inconsciente de la jeunesse, Ohana ne songe pas à être intimidé. Il se laisse porter par la musicalité même de la langue – ici, concrétisée par une mélodie évoluant aux frontières de la psalmodie médiévale et du chant populaire – là, déclamée. D'où la double voix d'un récitant et d'un chanteur, qui se partagent le texte. Un chœur de « pleureuses », comme on en

trouve encore de nos jours en Corse ou en Sicile, ponctue l'évocation poétique de ses lamentations.

L'orchestre, – un petit orchestre musclé, âpre, nerveux, rassemblé autour des sonorités tranchantes du clavecin, dans la couleur du *Concerto de Clavecin* de Manuel de Falla, – donne le « ton » : violence et noblesse, mais aussi, au détour de quelque image poétique, douceur fugitive d'une transparence lunaire ou tendresse déchirante d'une berceuse... Cette musique, directe, inspirée, est restée vivante comme au premier jour.

Christine Prost

Ignacio Sánchez Mejías était un torero comme les autres : il stupéfiait par son audace ; il aimait les femmes. Mais il fut aussi un auteur de théâtre ; il a écrit une pièce sur les fous, donné des conférences à l'université de Columbia. C'est là, à New York, que Lorca l'a rencontré accompagné de sa maîtresse, la danseuse et chanteuse Encarnación López Julvez, dite la Argentinista.

L'affaire souligne le lien entre deux « choses » apparemment inconciliables : la poésie et la tauromachie. D'une part le combat physique, l'expression de l'agressivité, ce combat de vie ou de mort et, d'autre part, l'exercice paisible de l'écriture. Nous connaissons l'attrait mutuel entre ces deux mondes, Hemingway en est l'exemple le plus connu. Finalement, le lien est évident : ce que vit le torero, l'auteur le décrit.

Lorsque García Lorca et Sánchez Mejías se rencontrent, ce dernier s'est déjà retiré de l'arène. Sa vie aurait pu se terminer paisiblement. Mais Sánchez Mejías fut dans les profondeurs de son âme probablement plus un torero qu'un auteur, quelqu'un qui ne peut vivre la vie comme un long fleuve tranquille. Il chercha à nouveau le combat, ce défi dont il avait besoin.

En mai 1934, à quarante-trois ans, il reprend la course. Même à ce moment-là, il aurait eu encore une chance, en restant prudent, en choisissant un taureau moins agressif. Non, c'est le tout ou rien qui l'anime. Il meurt dans l'ambulance, parlant et plaisantant avec ses amis comme s'il ne savait pas qu'il allait mourir.

Lorca était lié d'amitié avec Ignacio Sanchez Mejias en 1927, au moment où le célèbre toréador (qui était aussi poète) venait de se retirer de l'arène.

Ignacio était très lié avec Encarnation Lopez Julvez, célèbre chanteuse et danseuse dite "La Argentinista". C'est elle qui devait sceller l'amitié des deux hommes.

Sanchez Mejias décide de retourner dans l'arène en 1934, à l'âge de 34 ans. le 11 août de la même année il est blessé gravement. Il meurt deux jours plus tard.

Lorca écrit son poème en septembre. Il sera publié en novembre de la même année. "Il n'y a peut-être rien de plus beau que ce poème, en langue espagnole...

Aux louanges qu'on lui faisait Lorca répondait : - Cela ne vaudra jamais quatre petits vers que chante une gitane en pleurs à Séville : / Petites étoiles de la nuit / Laissez-moi traverser le pont / Je veux voir mon Ignacio / Qui est dans sa chapelle ardente.../

Dans les gradins monte Ignacio, toute sa mort sur les épaules. Il cherchait l'aube, et l'aube n'était pas l'aube. Il cherche son meilleur profil, et de rêver le désoriente. Il cherchait son corps splendide et vit jaillir son sang.